

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Ramoncín y el Espíritu de los tiempos. El Principio Vital contra la Destrucción Creativa. Siglo XXI (Parte 2)

Queridos pacientes y amigos:

Continuamos con las consideraciones sobre la evolución en el proceso de curación de nuestro paciente Ramoncín. Podremos así apreciar algunas cosas más de lo que ocurre, tanto con el tratamiento homeopático como con la vida misma que, siempre más fuerte que la muerte, va proponiendo a través de los acontecimientos innumerables y sorprendentes circunstancias nuevas para que la persona, **si puede**, guiada por su **principio vital**, por su **fuerza vital**, por su sistema inmunitario, por su instinto y por su sentido común, aproveche las nuevas condiciones que ofrece cada día para alcanzar un mayor cumplimiento y, con ello, una mayor realización llevándole a la felicidad cotidiana y trascendente que a cada uno nos pertenece, o al menos, al equilibrio posible.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Ramoncín, después de tomar Ignatia, se fue serenando tristemente, de frente a la falta de respuesta del amor profundo y pasional que el otro había desencadenado, pero sin la intención de empeñarse demasiado en esa cosa tan complicada como es “amar de verdad”.

Mientras tanto, entre sus amistades verdaderas mantenía relación con un joven que conoció en la universidad y cuyos padres, amorosísimos, le acogieron y le abrieron las puertas **como a un hijo**, y lo incluyeron no sólo dentro de la misma casa sino en todo el grupo de jóvenes activos que trabajaban y convivían juntos. Esto fue motivo de gran estabilidad y de normalización afectiva para Ramoncín, que se encontró con dos buenos padres y un buen grupo de 3 o 4 hermanos con los que compartir lo que de niño le había siempre faltado.

Fueron su apoyo, su seguridad y su consuelo, y lo son hasta la fecha. Ramoncín ya no estaba abandonado al mundo. Ramoncín tenía familia, y familia buena. La vida le había ofrecido la oportunidad de satisfacer sus carencias con personas diversas... y Ramoncín lo tomó, lo abrazó y recibió de la vida un regalo terapéutico fundamental que no hubiera podido encontrar haciendo sesiones de terapia de ningún tipo.

No hubiera podido colmar su vacío si no se hubiera encontrado con el hecho concreto y real del amor de padres y hermanos. Si ellos no se hubieran ofrecido, Ramoncín hubiera pasado la vida limosneando, pero este **dar y tomar** no era algo que se tuviera que dar por descontado. Hay quien lo recibe y lo rechaza. Depende de la complejidad de la patología, y de carecer, a veces de un buen principio vital.

Yo volví a saber de él casi un año después, porque se encontraba en una situación crítica (normalmente él me buscaba en esas condiciones, como suele suceder con la mayor parte de los pacientes).

Esta vez su sufrimiento se concentraba en el hecho de reconocer que lo que él era y deseaba no coincidía con lo que los demás eran y le ofrecían. Le faltaban el amor y el interlocutor del amor íntimo en la vida... pero él lo concebía como un defecto suyo por no saberse adaptar a esa realidad.

Se sentía insatisfecho de sí mismo y de todo, desorientado de frente a la profunda superficialidad e indiferencia que encontraba llena de egocentrismo, apariencias y banalidad y, al mismo tiempo, su natural hambre y necesidad sana **de amar como se debe**. Es decir, con reciprocidad, intimidad, sinceridad, ale-

gría, confianza y plenitud. Esas condiciones necesarias naturales para poder volcarse en el otro y construir una nueva dimensión: fundirse sin confundirse, en **una vida a dos**.

Esta dificultad de **la no respuesta** pertenecía tanto a hombres como a mujeres y eso le impedía saber con quién era mejor estar. Era mejor con aquel que fuera capaz de corresponder a su sentido profundo del amor y la belleza. Iba madurando, creciendo y acariciando la idea de formar un hogar suyo. Su principio vital lo guiaba hacia una fase deseable y central, pero la vida posmoderna no ofrece esto. En este dilema, lo que se iba acuñando silenciosamente era su sufrimiento vital que intentaba superar, pero...

Desde hacía 3 meses empezó a presentar erupciones escamosas, secas, duras, muy pruritosas, a veces de tipo psoriásico en los genitales, en el pene y en la parte baja del prepucio. Su problemática sobre la identidad sexual y la afirmación de su vida amorosa y de su valor como hombre se hacía sentir. Volvían a manifestarse, no obstante, la enfermedad, el sufrimiento y la lesión de su buena fuerza vital, su coherencia entre el conflicto y la manifestación corpórea y anímica.

Ya no hizo un sufrimiento pulmonar como hacia años. Su vida de relación con el mundo respiraba. La parte que no respiraba era su intimidad profunda y personal. Su principio vital que expresaba la queja por lo que no tenía en la actualidad y que, sin embargo, necesitaba para realizarse. Una realidad que el principio vital gritaba y pedía, aunque la vida no se lo diera y no tenerlo se convirtiera en eso que llamamos un **conflicto vital**. Simultáneamente, su sistema inmunitario resistía, con sufrimiento y esfuerzo.

Se sentía cambiado. Sumamente ansioso por su situación física y era muy predominante su insatisfacción con todo y consigo mismo. Se despertaba por la noche con pesadillas ansiosas, durmiendo muy poco tiempo; es decir, teniendo un tiempo de sueño muy corto y no reparador. Sentía que todo esto le había cambiado. No tenía ganas de hablar con nadie y estaba peor si le hablaban. ¿Qué hacer?

Después de una larga conversación para “situar” la realidad (cosa necesaria pero no resolutive, porque la realidad es la que es, pero justamente por eso podemos ver con más claridad la gran labor que hace un remedio por sí mismo sin que cambien las circunstancias de la vida exterior del paciente y su conflicto existencial en el cual está viviendo en el hoy de su padecimiento), le receté Nitricum acidum 6LM,

3 gr. cada 3 días, sólo 3 veces, y le pedí que me dijera algo en 20 días o 1 mes. Y como es frecuente, me llamó a los tres meses. La erupción de apariencia pseudopsoriasisica no estaba curada completamente, pero sí en un 80%. Me confesaba que por su cuenta se había “*chutado* otra vez el Nitricum acidum como yo se lo había prescrito” hacia más o menos un mes, y que había visto todavía una lenta mejoría. Que me llamaba por el gusto de decírmelo y por remordimiento de conciencia por no haber dicho nada antes. Y, además, porque todavía estaba el problema presente.

Moralmente había vuelto a su carácter amable y afectuoso y se sentía más alejado del problema, aunque lógicamente continuaba presente en su vida, continuamente, pero a distancia, y dejándole la posibilidad de “saber esperar el amor”. Se sentía como las zorras detrás del árbol, esperando la ocasión buena y verdadera. Sorprendentemente se había retirado de la promiscuidad. Había entrado en silencio adulto y por primera vez era capaz de mantener una castidad sana de acuerdo no sólo a lo que sentía, sino respetando la verdad de lo que “no sentía”.

Le prescribí Nitricum acidum 12LM, 3 gr una sola vez cuando viera que se había detenido la mejoría; le aconsejé la buena idea de vernos, porque el medico no es sólo un prescriptor sino un buen interlocutor y compañero de viaje hacia la realización y el bienestar posible real.

Vino al mes siguiente sin haberse tomado todavía el Nitricum acidum 12LM, pero con una ínfima manifestación en el prepucio de la descamación. Estaba claramente cambiado. Era mucho más hombre, mucho más “varón”. Físicamente menos niño, más entero. Me di cuenta de que todo estaba rotando, girando y que después de la última dosis de Nitricum había que esperar una nueva fase de transformación, aunque las circunstancias de la posmodernidad siguieran siendo como son y cada vez más acentuadamente: la superficialidad, el hedonismo y la falta de tiempo para compenetrarse con la vida y con “el otro” se convierten en un daño por el momento irrefrenables.

Las reflexiones finales por mi parte son las reflexiones de quien ha visto estos procesos sorprendentes por muchos años y en muchas personas. Quien no conoce la enorme potencia beneficiaria del *similimum* no puede comprender la grandiosidad de la ciencia homeopática.

Quien no se educa para percibir los matices y los cambios de la totalidad hacia el bien y el esplendor posible que nos pertenece a todos, hacia

la “fatalidad de la persistencia”, que diría mi amado maestro Proceso S. Ortega, llamando fatalidad a esa obligación inmodificable escrita en el mensaje de cada ser humano, respetando nuestra complejidad, significa no sólo conservarnos individualmente sino realizarnos cada uno en lo que nos pertenece, según la edad, la condición biológica propia, la propia identidad sexual señalada, sea ésta corpórea, moral, psíquica y anímica, que es un todo con la propia persona. Entendiendo por moral lo que se debe entender: la serie de reglas y caminos que favorecen la construcción de la felicidad individual y social posibles.

Ramoncín “se ha hecho un hombre”. Continuará librando las batallas necesarias para su vida, pero desde un ángulo y un horizonte distinto porque ser hombre significa ser capaz, entre otras cosas, de dominar las propias pasiones para ser señor de sí mismo. Es decir, saber y poder decir sí y no a lo que realmente se quiere. Cuando se reconoce lo que se desea porque verdaderamente pertenece, tanto en el sentido más sencillo y cotidiano como en el más profundo y trascendente. Donde la vida normal y cotidiana encierra, se quiera o no, se reconozca o no, se sepa o no, el mensaje trascendente para todo hombre que da sentido a su propia vida, sintiendo que poco a poco descubre “ser lo que tiene que ser”.

Esta realidad no la da el remedio homeopático, no la da el *similimum*. Esta realidad pertenece a la propia constitución de lo que se entiende por “ser hombre”. Pero el *similimum* la permite, la abre, le da velocidad y nitidez de cumplimiento. Favorece el camino, la integridad, la comprensión de nuestro “sí mismo”, es decir, lo que somos, empujados por lo que sentimos que queremos ser porque es eso lo que nos pertenece verdaderamente. La comprensión de lo que hacemos y porqué pensamos que para nosotros es bueno o no.

El remedio abre las posibilidades no sólo psicobiológicas, sino vitales, cosa mucho más compleja, rica y fuerte. Posibilidades escondidas en nuestro mundo latente e inconsciente que nos empujan aparentemente sin quererlo. Y podemos decir que el remedio lo hace en el modo más suave, rápido y permanente imaginable. Es decir, nos sana y **nos revela** a nosotros mismos lo que somos, tantas veces sin saberlo, permitiendo una coherencia de expresión psicósomática, es decir, de cuerpo y alma. Nada más, y nada menos.

Los saludo afectuosamente.